



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Estados de ayer, naciones de mañana

Autor: Cappelletti, Vincenzo

Forma sugerida de citar: Cappelletti, V. (1995). Estados de ayer, naciones de mañana. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 136-140.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ESTADOS DE AYER, NACIONES DE MAÑANA

Por *Vincenzo CAPPELLETTI*
PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
EUROPEA DE CULTURA

EN LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS, a partir del final de la Segunda Guerra mundial, parece que el hombre ha optado de manera determinante entre la guerra y la paz. El precio que se pide por la paz es mayor que el que se debe pagar por la guerra. Pero el precio reclamado por la historia será todavía más alto. Todos nosotros deseamos sinceramente que la historia siga su curso, que use todas las conquistas realizadas por el hombre en los cincuenta años transcurridos desde el final de la guerra en Europa y en el mundo, entre mayo y agosto de 1945, y nuestros días. Paz e historia: dos funciones de la voluntad humana, dos objetivos a los que sólo se llega gracias a una intensa reflexión, a fuerza de voluntad y acción y teniendo el valor de tomar en mano la utopía para realizarla. La paz y la historia nos traen a esta espléndida ciudad, en las riberas de un río que envuelve nuestra estancia con su mágica poesía. En un tiempo, el Danubio era el confín de la que fue una de las mayores realizaciones políticas de la humanidad: el imperio romano. Hoy las fronteras no son las mismas pero el *castrum* romano de Aquincum está ahí para recordarnos nuestras obligaciones para con aquellos remotos siglos. Mientras, con nuestra mirada fija en la ciudad humanista, la Buda de Matías Corvino, nos encontramos en las riberas del majestuoso Danubio no para defender el ayer, sino para reflexionar sobre el mañana de Europa y del mundo.

La paz y la historia, conviene repetirlo, constituyen el tema central de nuestra reflexión. Termina un siglo, termina un milenio. ¿Qué hay más allá de este final tan próximo? Existe y existirá un modo de ser creativo de la presencia humana, lo que llamamos el "hecho histórico". Algunos conciben la historia como un esfuerzo de creación; otros, como la alternancia entre progreso y decadencia

y, finalmente, otros la consideran como una manifestación recóndita de la existencia. Pero de la historia no se escapa y la historia ha establecido una alianza con la paz que representa una de las novedades absolutas de nuestro siglo. Una guerra a escala planetaria sería el final de la vida a causa de las energías que el hombre ha sabido liberar de la materia y que ha aprendido a utilizar. La paz aparecía a la mayoría de los sabios y políticos como la condición preliminar para la propia existencia de la historia. Pero he aquí que la historia ha transformado su relación con la paz en un sentido positivo, que puede permitirle alcanzar su objetivo final como nunca antes había sucedido. La "genial utopía" de Umberto Campagnolo ha nacido de la intuición de esta verdad. Ella nos invita a crear una historia que responda al principio fundador de una paz no soportada sino querida por los hombres. Es decir, una historia que sea vivida como un intercambio abierto y dialéctico entre las civilizaciones, como una costumbre, como una construcción entre la historia y los Estados hoy existentes, atados cada uno a su propio derecho y al propio sistema institucional. La nación se presenta ya como una realidad del mañana, mientras que el Estado vela con celo su derecho y sus prerrogativas.

En el curso de una larga reflexión sobre sí misma, la nación ha ido obteniendo una más clara conciencia de su sustancia ideal y cultural.

Incluso los estadios primitivos de comunidad nacional que se denominan "etnias" contienen elementos que se acercan a la cultura tal como la entendemos nosotros. La antropología francesa, principalmente, ha permitido establecer que los pueblos primitivos eran pueblos que desconocían la escritura pero no carecían de valores y de conciencia. Su estudio ha revelado la existencia de construcciones de ideas y símbolos que no han podido ser transferidos a un "soporte" escrito a causa de la ausencia de un alfabeto. En su lugar, han sido confiadas a un "soporte" menos objetivo, menos sólido: la transmisión oral. Y sin embargo, mientras Lucien Lévy-Bruhl creía individualizar una mentalidad diferente de la nuestra, el etnólogo Marcel Griaule, algo más joven, descubría la maravillosa riqueza de la cosmología de la etnia Dogon, para la cual todo se remontaba a una palabra original. La etnia prehistórica está mucho más cerca de lo que se puede creer de la nación inmersa en la historicidad. Por el contrario, está lejos del Estado, el cual ha transformado el proceso evolutivo de las comunidades nacionales, en el transcurso de los siglos, con la valiosa introducción del derecho. Si nosotros medimos la nación por las ideas elaboradas en su

seno, por medio de la lengua en que han sido expresadas, los documentos que las contienen y los lugares en que éstos se conservan, vemos que el Estado coincide sólo parcialmente con el espacio que ocupa la nación. Porque ésta es ideal, la entidad nacional es capaz de superar cualquier frontera. El germen de lo que será el futuro del mundo tenemos que buscarlo, y podemos confiar en encontrarlo, en las naciones. Pero ¿cuáles son los confines de las entidades nacionales? ¿Qué es hoy una nación? Hay que dar una respuesta precisa y creíble a la segunda pregunta, dado que la primera es sólo un aspecto particular de ella.

Hoy la nación es la suma de tres factores: una tradición, una elaboración común de ideas y una vocación histórica. Si no conseguimos fijar una vocación, nos privamos del medio para verificar y circunscribir la existencia de una entidad nacional. Y la misma dificultad se presenta si no nos preocupamos de seguir el curso de las grandes tradiciones con las que se nos presenta la historia hasta hoy. Objetivo primero de las vocaciones que hoy sostienen e inspiran la historia del mundo, es lo que podríamos llamar la construcción de los sujetos, grandes, superestatales, destinados a dar forma y contenido a la historia del mañana antes de proyectarla en el escenario inmenso del universo. Y bien, sujeto histórico que todos, los aquí presentes y muchas otras personas al igual que nosotros, quieren e intentan construir en Europa.

Nosotros somos la nación europea que desde el Atlántico se ha proyectado, ayer hasta el Elba, que hoy ha llegado al Danubio y al Vístula y que mañana alcanzará los Urales, haciendo suyo de nuevo el inestimable patrimonio espiritual de Rusia. Con la mente y el corazón sólidamente atados al sujeto histórico europeo y los pies apoyados en la tierra de este y aquel Estado, trabajamos para darnos una patria también política, que tenga los mismos límites de nuestra idealidad.

Nosotros somos la nación europea: tenemos la vocación para construir un sujeto histórico y la riqueza de una tradición que posee muchos nombres, pero sobre todo uno: ciencia. Vocación, tradición, creación de pensamiento, los tres factores de la entidad nacional nos confirman que no tenemos una identidad geográfica sino espiritual, como siempre ha sido la que las naciones han administrado y, podríamos decir, se han jugado en una partida ayer hecha de guerras y hoy con la positiva consustancialidad de la paz. Como las naciones, nosotros, la nación europea, participamos también de aquel hecho poético y trágico que es el intentar dar unidad política

a personas y grupos unidos por el pasado y por la esperanza en el futuro. “*Risorgimento*” es la palabra italiana creada para expresar las vicisitudes históricas del siglo pasado que llevaron a la unificación de las pequeñas naciones de entonces. Es una palabra equívoca porque el objeto de este “*risorgimento*” nacional sólo había existido en parte, y lo que se intentaba proyectar en el pasado había sido sólo un inicio, una virtualidad y una realidad parcial, presagiando un sueño próximo a realizarse.

Pero la nación europea, a la vez que siente la alegría de verificar y casi palpar la existencia de sí misma, se encuentra ante una dolorosa constatación: el tiempo histórico, demasiado bien lo sabemos, no está en sincronía con los que podríamos llamar tiempos locales. Existen hoy “*risorgimenti*” nacionales, que proceden conforme a un modelo histórico propio, aplicable en el siglo pasado a países como Alemania, Polonia, Italia, Hungría, Grecia. Actualmente existen pequeñas naciones que quieren afirmar su derecho a la existencia, que denuncian los tratados federativos que antes las unían. ¿Podemos negar la legitimidad de estos movimientos? No podemos absolutamente, pero tenemos que enviar a las nuevas naciones que surgen un mensaje firme y claro.

La gran nación europea debe asumir la formación en su seno de naciones más pequeñas y circunscritas. Sin embargo, es un deber para éstas asumir a su vez el proceso de evolución de la gran nación, este próximo futuro histórico europeo conjunto que se funda en la herencia común del mundo clásico, del cristianismo y del humanismo. El tiempo histórico no está en sincronía con el tiempo local y viceversa. Si queremos armonizar los tiempos “locales” en un único tiempo histórico, ambos sujetos deben realizar un esfuerzo: las naciones más pequeñas hacia las mayores y las mayores hacia las pequeñas. Hoy, al igual que ayer, proponer una unidad nacional fundada en la pertenencia a una determinada etnia es absurdo. Hemos dicho hace poco que incluso las etnias de los pueblos que desconocían la escritura eran portadoras de valores universales. Si se pasa de la etnia al Estado, no podemos menos que mencionar una observación fundamental que hizo Giambattista Vico, el teórico de la “Nueva Ciencia de las Naciones”. En todo código de leyes hay un punto fundamental: el derecho de asilo. Una comunidad, se trate de una etnia o de un Estado, por su propia aspiración a una esencia espiritual, tiene el deber de abrirse a quienes desean participar de esa esencia.

Las naciones que surgen dentro de la gran nación europea deben reconocer recíprocamente el derecho a la existencia de los otros

y, asimismo, recíprocamente, prometer reunirse en un próximo futuro en el gran organismo espiritual y político que llegará a ser la nación europea.

Es en este contexto que nosotros veremos la construcción de una nación serbia, de una croata y de una bosniaca, con una alegría no oscurecida por el luto cotidiano de la muerte. Un sujeto mayor no tiene otro derecho que el de constituirse como la síntesis de los sujetos individuales que lo componen. Nada de lo que no es esencial tiene que ser sacrificado, nada debe morir. Si consideramos la historia como un llamado a la posesión integral de lo que pertenece a la vida, estamos captando el sentido más profundo de la alianza entre la historia y la paz. En cuanto a nosotros, miembros de la Sociedad Europea de Cultura, queremos dedicar un instante al recuerdo de nuestra deuda para con Umberto Campagnolo y su utopía realista, a la que debemos el ser lo que somos. Quienes en ocasiones osan seguir la vía del espíritu de la verdad y de la vida, más allá del espacio, del tiempo y de las formas, pueden sentir que hoy él está entre nosotros en aquella presencia absoluta en la que, según el apóstol Pablo, “vivimos, nos movemos y somos”.

Conocemos la paradoja del espíritu: está todo en todas partes. Hace algunos días me encontraba en la Biblioteca Vaticana ante unos maravillosos misales y libros de horas procedentes de la biblioteca de Matías Corvino y me preguntaba si era necesario venir aquí para captar la grandeza del mundo magiar, fundado en sus propias tradiciones y en las aportaciones irrecusables de la civilización romana y del humanismo. Ahora puedo afirmar que era efectivamente necesario visitar la tierra que hoy nos acoge. Lo que no era más que grandeza y sublime belleza en las páginas de los libros aquí se ha visto animado por el soplo de la vida. Es la vida la que sella el pacto entre la historia y la paz, sobre el que hemos adelantado algunas consideraciones. Para nosotros el venir aquí era esencial; para nuestros amigos húngaros quizá no era necesario recibirnos. De ahí nuestra gratitud —que es enorme— y el significado del único regalo que podemos hacerles: nuestra solidaridad, nuestro deseo de caminar juntos hacia la realización de lo que hemos llamado nación europea, una aspiración ahora ya próxima.

Traducción de Luisa Ibáñez